

A punto está, si no lo ha hecho ya cuando se publiquen estas líneas, de formar Gobierno en Francia Raymond Barre. Está en la lógica: no se despide al primer ministro que ha ganado unas elecciones, aunque hubieran abundado los rumores en el sentido de que se iba a buscar otra personalidad más neutral. Después de todo, Raymond Barre, con su plan de austeridad económica, había concitado la indignación y el resentimiento de una gran cantidad de franceses que son los que han dado tantos votos a la izquierda, y le hubieran dado también el triunfo de no haberse suicidado ella misma, por sus oscuras querrelas. No está claro, por consiguiente, que Barre haya ganado las elecciones, sino que la izquierda las ha perdido. Y Barre hubiera podido ser amablemente despedido en aras de la nueva adquisición del vocabulario político francés: la "descripción". Pronto aparecerá en España, con ese persistente mimetismo con que se siguen las fórmulas políticas francesas. Y falta haría no el vocablo, sino la realidad: la descripción auténtica. Otra anotación lingüística del momento francés es la que habla de la "cohabitación razonable de la mayoría y de la oposición".

Este es el sentido que Giscard está queriendo dar a esta fase de su presidencia, o de su presidencialismo para ser más exactos. Y a ello obedecen las citas que ha tenido con los principales dirigentes de la oposición: el socialista Mitterrand, el comunista Marchais, el radical de izquierdas Fabre. Comentadas con muy diverso talante por cada uno de los interlocutores. Fabre ha sido el más elogioso. Su pequeño partido ha estado pisoteado dentro de la frustrada unión de la izquierda. Es lógico que busque otra postura. Quizá pueda obtener algún premio de consolación. Mitterrand ha estado más bien ambiguo. Cree en la buena fe del Presidente de la República, en sus auténticos deseos de "descripción" y en su voluntad de que la vida política no sea una guerra, una división entre "las dos Francias", pero teme que no puede ir demasiado lejos porque, dice una publicación socialista —la "Lettre de l'unité"—, no tiene "los medios parlamentarios de la política que se supone que desea hacer". En efecto, hay como se sabe una oposición dentro de la mayoría, la oposición que dirige el alcalde de París y jefe del RPR —la derecha clásica, tradicional—, que tiene en sus manos muchas posibilidades, y que es-



El suarismo de Giscard d'Estaing

EDUARDO HARO TECLEN

tá frente a la "apertura". Porque teme un cambio de alianzas de Giscard. La guerra por la presidencia de la Asamblea, dentro de la mayoría, ha sido sangrienta. Es sólo un síntoma.

De los tres visitantes de palacio, de los tres jefes de la oposición de izquierdas que por primera vez después de veinte años han entrado en contacto coloquial con el poder, el más distante es el comunista Marchais. Ha aparecido molesto, incluso, de haber sido citado: ha ido como a la fuerza, por la obligación que tiene todo ciudadano francés de acudir a una llamada del Presidente de la República, y subrayando mucho esa connotación de lo obligatorio, incluso para protestar del uso presidencial de esa prerrogativa. Ha explicado que en la entrevista ha enfrentado al Presidente con la responsabilidad de un país que vive en la inquietud, de una clase obrera con una disminución constante en el nivel de vida y con un paro creciente; ha insistido en su inagotable tema de la fijación del salario mínimo a 2.400 francos

—como cuarenta y cinco mil pesetas— y, en una palabra, se ha distanciado. Como antes se había distanciado de sus compañeros de la izquierda. Es su política: buscar la soledad en la oposición y recoger todo el descontento del país. Lavar continuamente al eurocomunismo de toda sospecha de colusión con el poder o con la sociedad dominante. Una política arriesgada, que le está proporcionando algunas inquietudes internas. Ningún partido, ningún grupo, ha salido indemne de estas elecciones, todos tienen que rendir cuentas ante sus militantes y simpatizantes, y a todos se les piden responsabilidades. A Marchais le han salido críticos serios: Raymond Jean, Roger Navarre, Jean Rony. Los temibles, los espantosos intelectuales del partido. Son los que creen que Marchais ha echado a perder por muchos años la gran esperanza de la izquierda, los que suponen que todo es fruto de una maquinación personal de Marchais, los que ponen en duda algo que es una piedra angular en toda la política de

los partidos comunistas de hoy: la personalidad del secretario general. Demasiado fuerte, y el partido se encierra en el autoritarismo: demasiado débil, y se puede desmoronar todo. El secretario general fuerte es un residuo de los viejos tiempos, dicen los críticos, y Marchais está ahogando las posibilidades de la democracia interna. Para Raymond Jean, el partido no ha sabido asimilar las enseñanzas del XXII Congreso —hace dos años—, que consistían en presentar el marxismo como una capacidad de dudar, de examinar las realidades sin consignas ni orientaciones previas, y sigue con la política de verdades absolutas. Ejemplo para Raymond Jean, el PC español: "Nuestros camaradas españoles tienen razón cuando nos dicen que no hemos sabido realizar con audacia la alianza política y que no hemos sabido aplicar los principios del eurocomunismo. Tienen razón para decirnos, sobre todo, que hemos perdido una ocasión histórica y que hemos dado un ejemplo negativo, que es grave para toda Eu-